

Comentarios

al artículo «Una clave para la Hidronimia Pirenaica»

En FONTES, núm. 17, 1974, el Sr. Justo Gárate expresa unas ideas con referencia a la Toponimia Pirenaica. Con estos Comentarios quisiera solamente llamar la atención sobre ciertas incorrecciones acerca de la toponimia de *Suecia*, tema que parece tierra incógnita para el Sr. Gárate. Además de esto, no comprendo muy bien el motivo de extender las ambiciones hasta países tan lejanos de Euskal Erria.

Antes de discutir el artículo actual, parece conveniente referirse a lo que escribe el señor Gárate en el núm. 11, 1972, pág. 141: «*Umia* en Galicia y *Umea* en Suecia son nombres de ríos». En una carta particular le comuniqué al autor que no hay, en Suecia, ningún río con el nombre de Umea, pero sí una *ciudad* que se llama *Umeå* (la letra *å* pronunciándose como la *o* esp.). El nombre del río es *Ume*, nada más, y esta denominación es de origen *lapón*. Podemos decir, sin exagerar, que el lapón es tan diferente del sueco como lo es el vascuence del castellano.

La forma primitiva de Ume es *Upmä* (la *ä* se pronuncia aprox. como la *e* esp.). Este radical *Upmä* no tiene absolutamente nada que ver con «*Umia* en Galicia», donde nunca se ha hablado lapón, que yo sepa. El último sonido de la variante sueca, es decir la *å* en *Umeå*, tampoco se relaciona con la *a* en *Umia*, porque tiene un origen totalmente distinto. Viene de un vocablo lapón para río o torrente, a saber *juhke*, *jobko* o *jobka* (en finlandés *joki*). Es la primera sílaba que se ha conservado cuando los suecos de las costas del Golfo de Botnia adaptaron el nombre lapón, y *juhke* (*johko*) se transformó en *ju* (*jo*), más tarde *u* (*o*). Por lo tanto, este sonido *o* (*å*) no se relaciona de ningún modo con el substantivo sueco *å* = *arroyo*, *río pequeño*.

Pasemos ahora al artículo actual del Sr. Gárate. En la pág. 226 dice, a propósito de UME: «Es río como en Urumea, Lizurumea, el río *Umia* de Galicia y el río *Umeá* de Suecia, ...». Como podemos ver, el autor ha puesto un acento sobre la *a* (*Umeá*), quizá porque ha interpretado mal la letra *å*. Un poco más abajo —misma página— escribe: «*Ure* se parece al sueco *Lule* que va seguido de *ålv*, voz que se puede relacionar tanto con los

elfos mitológicos como con los álveos latinos y en su significado con las fantásticas *lamias* vascas».

¡Qué etimologías más fantásticas! Primero voy a repetir un poco de lo que le escribí al Sr. Gárate en mi carta particular: el nombre *Lule* es igualmente de origen *lapón* (es el río más grande del Norte de Suecia). *Lule* tiene el sentido de (*hacia el*) *este*, es decir un río que corre hacia el este. La ciudad que está situada en la desembocadura de *Lule älv* (río Lule) se llama *Luleå* (comp. Umeå). Este nombre Lule-å viene del vocablo compuesto *lule-ju*(*hke*); véase más arriba Ume-å y juhke, johko, respectivamente.

Resulta de lo que precede que no existe ninguna relación lingüística entre el lapón *lule* = (*hacia el*) *este* y el vasco *ur(e)*.

Pero el Sr. Gárate no se contenta de las «etimologías» arriba mencionadas. Comienza a hablar de «elfos mitológicos» y «álveos latinos». Según la teoría generalmente aceptada, la voz sueca *älv* se relaciona con —por ejemplo— el río *Elbe* alemán y el adjetivo latín *albus*. Se trata pura y simplemente de algo «blanco» que «brilla» o «resplandece». A veces los hidrónimos son muy sencillos y prácticos, y no hay motivo de complicarlos de una u otra manera. Tampoco tenemos que acudir a la mitología en este caso, pues los *älvar* (ríos) suecos son cosas tan concretas que no deben confundirse con los seres verdaderamente mitológicos *älvor* (femeninas) y *alfer* (masculinos), los cuales corresponden —tal vez— a «las fantásticas *lamias* vascas».

Finalmente quisiera hacer un comentario sobre lo que escribe el señor Gárate en la pág. 217: «Sorprende que Julio Caro crea que *sala* venga de sel ..., cuando es palacio con certeza desde Uppsala y Sala en Suecia hasta ...». La antigua ciudad de Uppsala llevó, en época de los Vikingos, el nombre *Up(p)salir*, significando «las salas de arriba» o sea las «moradas» donde vivieron los dioses, a los cuales sacrificaron los hombres paganos de aquellos tiempos. Es de observar que la vieja voz nórdica *sal* (en plural *salir*) tenía el sentido de «casa /con una sola habitación/, vivienda, lugar de residencia, morada». En el curso de los siglos, los franceses adaptaron este vocablo germánico bajo la forma *salle*.

La denominación de la otra ciudad que menciona el señor Gárate —*Sala*— representa igualmente este concepto de «lugar de residencia», o algo semejante. En todo caso no se trata de «palacio». En realidad, no había tantos palacios en nuestro país hace unos mil años...